

LA CASA DE ENFRENTE

EL QUINTO



SALVADORA MEDINA ONRUBIA

1997

Buenos Aires
Editorial MATE

El quinto

Por el ancho hall del Retiro caminaba a prisa delante de mí. Iba vestida de negro, con un luto flotante de largos velos transparentes sobre el flojo vestido de seda opaca que se pegaba a su cuerpo sin corsé.

Tantas mujeres caminan a prisa por el hall del Retiro, pero esa sola llamó mi atención; tan distinta de las otras era como una criatura de otra raza. "Ya" de otra raza, más fina, más vieja.

Andaba a prisa, con un paso ágil y rítmico de bailarina rusa que ha aprendido la ciencia del movimiento plástico. Yo la seguía, como envuelta en el encanto inconsciente de esa euritmia, y noté que ella iba dejando una estela débil de frangipane.

En el tren, ayudé a la casualidad para poder, sentada cerca, verle la cara y me esforzaba dolorosamente

por recordar dónde la había visto ya... dónde había visto ya otra vez esos ojos magníficos con ojeras hondas y torturadas de mujer que llora; esa cara fina de un moreno pálido, donde toda la evolución y todo el refinamiento no alcanzaban a borrar un trazo cuadrado de mandíbula.

Esa nariz nada clásica, demasiado corta quizá, la boca grande, los dientes deslumbrantes de blancura, pero irregulares; y de todas esas cosas inarmónicas, el conjunto más armonioso que pudiera imaginarse para una mujer.

Yo pensaba...¿qué tiene? Sólo sus ojos son bellos y sin embargo todas a su lado son insignificantes, inabundantes, feas.

¿Ama?... El amor rodea a las personas de un halo de belleza que deslumbra. ¿Tristeza? También. Esos ojos negros de ojeras maceradas llora. Oh, sí. Lloran. Si esta criatura no llorara sería insignificante.

Luego, su vago olor a frangipane, sus pies estrechos demasiado bien calzados, sus piernas finas de tobillos quebradizos, su traje opaco que vive pegado al cuerpo

51

rítmico, cálido como ella, que se mueve con ella. Un vestido no puede adherirse así más que a un cuerpo limpio, perfumado, de mujer joven y suave y esbelta y que solo lleva debajo de él una camisa leve de seda. Solo puede ir así vestida una mujer que sabe desnudarse.

Bajó conmigo, delante de mí, que me atrasé para verla andar. Nos internamos juntas por las calles arboladas y ella entró en la casa de enfrente.

Entonces recordé. Ya la había visto. Ya me había llamado la atención su palidez, su equívoca melena castaño oscuro, lacia, demasiado lacia y demasiado cepillada. Solo que nunca la vi de negro. Se asomaba al balcón envuelta en un kimono polícromo bordado con pájaros, árboles y pagodas; tenía también un traje de china verdadera con anchos pantalones.

En el mismo piso viven dos hombres más. Uno casi viejo, de lentes, bajo de estatura, antipático. Otro, rubio, alto, ancho, casi un atleta. Suele a veces salir al balcón en pijama y bajo la seda, su cuerpo se adivina fuerte y bien hecho como el de un dios joven.

Muchas noches, él y la mujer pálida, abrazados, muy juntos, se acodan al balcón, mirando al vacío y soñando...

Se están así horas enteras, llenos de esa dulce serenidad de los amantes que se poseen. Se aman. Jóvenes y bellos son ellos mismos el amor.

Una siesta, yo vi el brazo desnudo de la mujer cerrando la persiana. Se había atado en la muñeca un lacito celeste. Yo pensé: hace sombra y va a tenderse al lado de su amante que la espera con las manos torpes y temblorosas de deseo. Y, vagamente, recordé durante muchos días la mano blanca, el brazo delgado, el lacito celeste atado a la muñeca; y allá, en la penumbra de la pieza el hombre joven y rubio tembloroso de deseo, mientras en la calle el sol hacía vibrar las piedras.

Se aman. ¡Cómo se aman!... Ella con su paso rítmico, su suave perfume, su pálido gesto de princesa pálida lo va diciendo.

Tienen un mucamo japonés cobrizo y enigmático, que sacude en el balcón cosas espléndidas. Grandes

53

pieles de oso, mantones de Manila suntuosos y pesados, estofas, tapices. Toda la decoración de gentes supercivilizadas, a las que ennoblece el amor por las cosas inútiles y bellas que hacen dulce la vida.

Fué, en un dorado atardecer de verano, cuando el olor de los jardines regados, la risa de los chicos vestidos de blanco, la paz de la hora, hacían tan bueno este rincón florido de suburbio, que estalló el drama rápido y brutal. Entraron por la calle serena y arbolada camiones y autos llenos de policía, desplegaron fuerzas como para cercar una tropa de chacales furiosos, se colocaron por las esquinas, en la vereda, y otros entraron en la casa de enfrente ante el asombro aterrorizado del portero andaluz.

Se amontonó gente. Una pandilla de chicos sucios surgió de quién sabe dónde, el mucamo y el cocinero del cotorro del primer piso se acodaron al balcón, una turba de curiosos se mezcló con la gente policíaca: la sirvienta de la opulenta pechera tiznada y el pelo de cáñamo, chupándose el dedo, miraba azorada a los balcones del quinto piso donde aparecían y desaparecían

extraños rostros innobles. Pasó más de una hora. Seguramente registraban. Tocaban con sus manos sucias todas las bellas cosas de la casa, las hundían en los cajones donde la princesa pálida guardaba sus prendas más íntimas.

Yo estaba estremecida de un horror sin nombre. Policía, pesquisas; ya habíamos notado esos días algo raro por las esquinas. Bibí temblaba como si todos esos hocicos innobles la husmeasen a ella. —Oye, Bibí: en la cara del asesino hay siempre algo de valor bestial, del instinto ciego de la naturaleza el ladrón por poco inteligente que sea es ya un artista de la sensación, un rebelde que se juega mil veces y vive su rebeldía.

El hombre que los rastrea, los caza, nos libra de ellos, es el "hombre que caza hombres". Sí, Bibí, sí... tienes razón; en otras vidas lejanas fuimos mujeres de apaches, mujeres de piratas. Pero te vas con todas... Se hará tarde. Vete. No veas estas cosas crueles. Vete con ellas.

Se van. Era tiempo. Cómo temo que aparezca, delante de todos, mi princesa pálida esposada como una

ladrona...

Y salen entre una larga vibración de expectativa. Primero el hombre antipático de los lentes. Luego el japonés con su cara indescifrable de ídolo de bronce, detrás su amante rubio... Pero, allí está ella, entre los curiosos. No la he visto llegar. Se acerca lentamente, toda pálida entre sus velos negros.

Ellos pasan indiferentes, correctos, elegantes, sin parecer darse cuenta de que en una muñeca llevan la doble pulsera que los ata a un polizone.

Veó una seña imperceptible del japonés que la deja de pie inmóvil. Trae un paquetito blanco que tiembla colgado de su mano sin guantes; estoy segura que oigo los latidos de su corazón. Y ellos pasan impasibles, desconocidos, hasta el carro infame.

Pero no. Ella es mujer. No puede resistir tanto. Con un gemido se abraza a su amante; que con su brazo libre la oprime contra él. Se besan en la boca; entre la turba están divinamente solos... Su beso debe tener un gusto salado de lágrimas.

Una garra brutal cae sobre el brazo frágil y la

arranca groseramente diciéndole algo que no alcanzo a oír. El dios joven defiende su hembra y el polizone atado a su muñeca es un fantoche sucio que se agita grotesco.

Solo puede calmarlo el hombre de los lentes que habla con ella en esa dulce y ceceante lengua de Hungria. Le da dinero, mucho.

Primero era como si quisieran llevársela también; luego se han contentado con apuntar algo. Su experiencia les dice que es la más presa.

Se van por fin. En la casa han puesto sellos y ella ya no tiene hogar. Le queda el paquetito que tiembla colgado de su mano sin guantes; el montón de dinero que le dió el amigo viejo y que ella guarda en su bolsita negra, demasiado lentamente.

En la calle, vuelta a su paz, ella mira sin ver. El portero le habla, ella no le contesta.

¡Pobre amorosa pálida!... Yo siento como si debiera levantarme y llamarte.

Ven —te diría— quédate conmigo. Sé la bienvenida como una hermana joven. Ven, entra; mi sofá azul

es lo bastante ancho para las dos. Es cómodo, mullido, hospitalario, con grandes almohadones para tus perezas.

Conversaremos... ¿Cómo te llamas?... ¿Isabel? Debes llamarte Isabel. Es un nombre suave, de mujer pálida, armonioso y frágil como tú, amiga. Los hombres son algo del alma de las gentes.

¿Yo? Yo me llamo Salvadora. Te sorprende ¿verdad? Es un nombre español. Los nombres de esa raza tienen algo de ella. Son audaces y sonoros. Solo las españolas se llaman Luz, Gracia, Sol, Gloria, Milagros, Salvadora. Un nombre casi feo, casi insolente. Yo amo llamarme así. Además, ¿de qué otra manera podría yo llamarme?

Los nombres tienen color. ¿No lo sabías? Yo veo el color de los nombres. El tuyo es de un violeta pálido y brilla suavemente. El mío es de un rojo oscuro y brilla demasiado.

Tú, levantando tu manga me mostrarías el brazo fino, de piel suave, en donde la garra del bruto dejó cinco manchas azules. En tus ojos habría lágrimas,

temblarían tus labios. ¡Pobre amor!... Con las yemas rosadas de mis dedos yo acariciaría suavemente cada marca brutal; pondría en ellas, una a una, mis labios pintados... y lloraríamos. Es tan dulce llorar juntas... Los hombres, por más que el amor los sutilice, no entenderán jamás el placer del llanto suave, el placer de sentirse divinamente triste, de abandonarse blandamente al dolor.

Y verás. Yo te consolaré. Yo soy una maga que sé bellos conjuros de palabras. Yo sé la ciencia abstrusa de ir derecho al alma. Yo haré dulce tu pena. Lo verás, amiga.

Más tarde, en mi cama demasiado ancha, demasiado baja, dormiremos abrazadas, como dos inocentes.

Para dormir tú te pondrás mi pijama lila que él ama tanto; su color armonizará maravillosamente con tu carne pálida y suave, de una suavidad de milagro.

Por la mañana, encontrarás rosas en tu baño. Yo pondré esencia de frangipane para ti, en el frasco esbelto de cristal tallado con tapón de oro, que fué de

una abuela lejana que murió aun rubia. ¿Sabes? Ella, como tú, habló esa lengua húngara, dulce y ceceante. Con ella —dicen que hizo versos muy bellos. Yo, que heredé su pecado, la recuerdo siempre con amor. Guardo, encuadrado en piel y en oro, un libro muy viejo. Es lo que de su vida lejana, de sus amores, de sus dolores, de su belleza, queda; un frasco y un libro. Y yo no lo comprendo. Lo leerás tú. De tus labios oiré el ritmo meloso y ceceante. Luego me dirás qué es lo que dicen. Así la conoceré más. Podré amarla mejor. Los versos de la muerta olvidada te darán en tu lengua la bienvenida. Ella hará que no seas en mi hogar una extranjera.

Después, en mi ropero encontrarás camisitas pequeñas y diáfanas, anchos batones suaves, guantes, flores de seda. Este es el cajón de las cintas ¿ves? Las hay de todos los matices y están revueltas en un desorden armonioso como si fueran sueños. ¿Quieres que ate con una un lacito en tu muñeca?

¿Te gustan como a mí, las bellas cosas frívolas e inútiles?... Ven. Tengo muchas, muchas. Yo te ayudaré

a llevar tu tristeza, a ponerte bella para cuando tu amor vuelva a verte...

Mientras tú mirabas a la calle sin ver, yo pensaba decirte todo eso. Yo sabía que tu dolor lo necesitaba. Te quedabas sola, no tenías a nadie... Te irías a encerrar a un frío cuarto de hotel donde te darían una hospitalidad a cambio de tu dinero. Allí llorarías. Allí llorarías mucho.

Y sin embargo no te dije nada. No me atreví a decirte nada. Te miré ir a pasos vacilantes, demasiado lentos, como si el irte te doliera físicamente, como si esperaras mi voz amiga. Y en la calle obscura ya, tu paquetito blanco fué una mancha lejana.

No pude. No fué. Jamás sabrás...

Tu te hundiste en la vida por tu camino, oh pálida, oh doliente, oh amorosa...